

Cinco razones para decirle sí a la paz

1. Soy creyente (cristiano y católico)

La oración más perfecta. El Padrenuestro.

En primer lugar, debo decir que tengo amigos que son ateos, no creyentes y creyentes distanciados. Muchos de ellos son hombres de fe, ejemplo de vida y de bondad. No por estar lejos de las creencias se hallan lejos de Dios. Es más, muchos de ellos son ejemplo para quienes nos decimos creyentes. Son hombres y mujeres que aman a los demás, no porque consideren, como los creyentes, que son imagen de Dios, sino porque se reconocen humanos en la capacidad de amar a los otros.

También tengo amigos pertenecientes a otras denominaciones, no solo de religiones cristianas o monoteístas, sino de religiones diversas de oriente y de culturas ancestrales de América. Ellos, los creyentes orientales y americanos, se han ido convirtiendo en ejemplo para muchos de nosotros, pues sus prácticas amables con el planeta y con los animales los ha vuelto guías de muchos. De ellos, seguimos el ejemplo de la meditación y el consuelo.

Y obviamente entre los creyentes cristianos son muchos los que desde sus diversas formas de acercarse a Jesús nos han ido engrandeciendo nuestro sentido de fe. Sus prácticas leídas desde un profundo acercamiento ecuménico es mucho el bien que nos hacen.

Y si hay algo que todos, creyentes y no creyentes, tenemos en común es que deseamos la paz. No hay

ninguna denominación, no hay ninguna manera de acercarse a lo humano que no incluya la idea de paz y de bienestar de los otros.

Por ello, creo que como creyente debo también yo apostarle a la paz. Sobre todo, desde el convencimiento de que no hay un solo ser humano que no haya sido tocado por esas palabras maravillosas de “perdona nuestras ofensas así como nosotros perdonamos a los que nos ofenden” o nos han ofendido.

2. Soy colombiano

“Ser colombiano es un acto de fe”. *Ulrika*, Jorge Luis Borges

Los colombianos, se ha dicho, somos la gente más feliz del mundo, los más acogedores, los más emprendedores, los más trabajadores, los más humildes y, al mismo tiempo, también se da el caso, podemos ser los más arrogantes, los más mezquinos, los más vengativos y los más salvajes.

Aun así, a pesar de esa mezcla, conozco seres humanos maravillosos, que a pesar de todos los sufrimientos que han padecido siguen allí incólumes y felices, como un roble, como una ceiba. He visto gente que desde el fondo de su maldad ha dado paso a una gran conversión y se han transformado en pastores de almas, en guías, en gente de paz.

Los colombianos, cuando nos proponemos creer, somos capaces de mover montañas. Pero no solo los colombianos de nacimiento, sino todos esos amigos nuestros europeos, asiáticos, norteamericanos, argentinos, chilenos y brasileños que se han venido a vivir aquí y aman esta tierra con la misma pasión con que la amamos nosotros. Son gentes que comparten nuestra fe y nuestras creencias y, a veces, hasta se aprenden nuestras mañas y vicios, como ese de celebrar con tragos y con ruidos.

Si usted mira el mundo, verá que en todos los países los colombianos han dejado su huella. Han influido en la ciencia, en la economía, en las artes, en la música, en la literatura, en la gastronomía y el

deporte y hasta, qué pena, han estado hasta en lejanas guerras. En todas partes hay gente que sabe hablar de los colombianos. Gente que reconoce sus esfuerzos y virtudes, gente que nos desea lo mejor.

Por eso, cuando decidimos que somos colombianos, decidimos que tenemos fe. Y es esa fe la que nos permite pensar que si quiera por un año, por un mes o tal vez solo por un día podemos vivir en paz. Que ese día, mes o año podrá quedar registrado en los libros de la historia universal como ese día, mes o año en que los colombianos dejamos de matarnos unos a otros y decidimos ofrecer nuestra paz y nuestro afecto ya no solo a nuestros vecinos, familiares y amigos, sino a todos los colombianos, incluidos aquellos que se encontraban en orillas distintas y aquellos, incluso, a los que llegamos a considerar enemigos u odiados.

Si aceptamos que ser colombiano es un acto de fe, también podemos tener la certeza de que esa fe, al mismo tiempo, es una fe en los otros y, desde allí, en la paz.

3. Soy profesor (periodista, escritor)

Una obra de misericordia. Las obras de misericordia espirituales son:

- 1) Enseñar al que no sabe, 2) Dar buen consejo al que lo necesita,
- 3) Corregir al que se equivoca, 4) Perdonar al que nos ofende,
- 5) Consolar al triste

Como profesional, como docente, me veo compelido a vivir de manera más eficiente estas obras de misericordia, que de ninguna manera son exclusivas de los católicos y los creyentes. Como dije antes, conozco a miles de profesionales de todo el mundo que, más allá de las creencias, están comprometidos en la mejora de las condiciones de vida de los pobres, de los necesitados y sobre todo de aquellos que tienen su vida en peligro, los perseguidos, los desplazados, los sin tierra y las víctimas de la guerra.

Son hombres y mujeres que defienden los derechos humanos y, entre ellos, el más sagrado, que es

Por eso, cuando decidimos que somos colombianos, decidimos que tenemos fe. Y es esa fe la que nos permite pensar que si quiera por un año, por un mes o tal vez solo por un día podemos vivir en paz.

el derecho a la vida, pues como lo señala la encíclica *Pacem in terris*: “Al derecho de todo hombre a la existencia le corresponde el deber de conservar la vida; al derecho a un nivel digno, el deber de vivir dignamente y, al derecho a la libertad en la búsqueda de la verdad, el deber de buscarla cada día más amplia y profundamente” (N. 29).

Médicos, odontólogos, ingenieros, abogados, hombres y mujeres, que desde distintas esferas hacen, como la madre Teresa, como Gandhi, grandes esfuerzos porque el país cada día sea mejor. Como dice Amado Nervo en su libro *Plenitud*: “asombra pensar lo que sería nuestro planeta si todos los humanos estuviesen educados para el amor en vez de estar educados para el egoísmo y aun para el odio” (XXVIII).

Y cuando nos empeñamos en cumplir estas obras, de manera gratuita y desinteresada o porque es nuestro trabajo, sabemos que los ojos de aquellos a quienes enseñamos, aconsejamos o corregimos siempre están puestos en nuestro ejemplo.

Por eso, cada vez que ofrecemos consuelo, cuando perdonamos a los que nos ofenden y sufrimos con paciencia los defectos y a veces las injurias y las calumnias de los demás estamos ayudando a construir la paz, la convivencia en justicia y armonía, que es el bien supremo al que aspiramos todos los seres humanos.

Por eso, desde este privilegiado lugar de profesor, de periodista, de escritor, tengo que optar por el bien mejor que es la paz, si con ella se salvan las vidas de miles de seres humanos.

4. Soy padre de familia

Un capítulo del evangelio. El hijo prodigo: “El padre le dijo: “hijo, tú siempre estás conmigo, y todo lo mío es tuyo; pero convenía celebrar una fiesta y alegrarse, porque este hermano tuyo estaba muerto, y ha vuelto a la vida; estaba perdido y ha sido hallado” (Lucas, XV).

Por eso, cada vez que ofrecemos consuelo, cuando perdonamos a los que nos ofenden y sufrimos con paciencia los defectos y a veces las injurias y las calumnias de los demás estamos ayudando a construir la paz, la convivencia en justicia y armonía, que es el bien supremo al que aspiramos todos los seres humanos.

Los padres de familia, y esto que digo ya es un lugar común, son como el padre que Jesús describe en este capítulo del evangelio. Y no solo quienes son padres. También conozco hombres solteros, que no quieren tener hijos o que han renunciado a ellos y apenas les queda el tener sobrinos, que se la han jugado por una opción preferencial por los más débiles. Por ello, ante mis hijos, ante mis sobrinos, no me queda más alternativa que portarme con la altivez con la que este padre se comporta. Y debo hacerlo, además, porque he visto a padres, hombres y mujeres de distintos credos, condiciones económicas y edades, que se comportan de esta manera con sus hijos.

¿Cómo podría un padre, digamos un gobernante, comportarse de manera distinta con sus súbditos? Juan XXIII, en su encíclica *Pacem in terris* señala que “la convivencia entre los hombres no puede ser ordenada y fecunda si no la preside una legítima autoridad, que salvaguarde la ley y contribuya a la actuación del bien común en grado suficiente” (N. 46).

En nuestra condición de creyentes no tenemos otra opción que la de escoger este camino que se entronca con el *Padre nuestro* y con la *Constitución Política* que nos conmina a que busquemos la paz. “La paz es un derecho y un deber de obligatorio cumplimiento” (artículo 22).

Así, pues, como padre, como esposo, como cuñado, como primo, debo dar el mejor ejemplo, que es desear las cosas mejores para los otros y para los nuestros. Y ese bien supremo que hoy nos llama es la reconciliación, la capacidad de abrazar a todos, como este padre abrazó a su hijo que tanto mal había hecho, pero que tanto mal había padecido.

5. Soy hijo (hermano, amigo)

Un mandamiento:
“Honrarás a tu padre y a tu madre”.

Como hijo de una familia que llegó desplazada a Bogotá a finales de los años 50, no tengo más opción